

Esta se las dejó estrechar; pero las retiró muy pronto, mirando en rededor suyo, y le dijo:

—¡Cuidado! He dicho que somos primos, pero podrían no creerlo. Además, hay aquí un cabrero que me obsequia, y si le damos celos, estoy perdida. ¿Estamos, pues, de acuerdo en el programa de enseñanza? —agregó en voz alta, viendo que alguien pasaba.

—Completamente conformes—respondió el maestro, sonriendo.

Y la prima prosiguió en voz baja, con el acento del corazón, pero firme:

—Si la casualidad quiere que no volvamos á vernos, ¡salud y ánimo!

El maestro le devolvió cariñosamente el buen augurio, saludándola con la manó, y tomó el camino del valle; ella se volvió hacia su casita, que ya estaba sumergida en las sombras.

PIAZZENA

CARAS NUEVAS

A fines de Septiembre trasladóse Emilio á su nueva plaza en Piazzena, que era uno de tantos pueblos de la llanura, los cuales, una vez vistos, se confunden en la memoria con otros ciento, como los campos de trigo y de maíz que se extienden en rededor hasta donde alcanza la vista. Medio día era por filo cuando llegó; el día era de sol; la tranquilidad, completa: parecía que penetraba en un pueblecillo abandonado. Por las callejuelas tortuosas, cubiertas de paja y de estiércol, flanqueadas por casas cuyas persianas estaban cerradas, y por largas tapias de cercas, no encontró casi un alma viviente. De las puertas abiertas de algunos patios rústicos salía un olor acre de heno y de ganado vacuno; en algunas plazoletas llenas de hierba pastaban puercos. Las iglesias estaban cerradas. Vió á un sacerdote que desaparecía detrás de una puertecilla, y una mujer que torcía una calleja. No se oía por ninguna parte sino el rumor de las fuentes y el murmullo de los arroyuelos; por todos lados el verdor de los arbolillos y del campo; sonaba el toque de medio día, y no acababa nunca.

El señor Pirotta, para presentarse al cual Ratti llevaba una carta de su protector, lo recibió como á un amigo. Era hombre de unos cincuenta años, que parecía viejo porque no gozaba de muy buena salud; pero de aspecto agradable y de maneras corteses, en

las que se adivinaba el deseo de parecer persona fina y atenta, antes por efecto de una educación y de una cultura completas, que por carácter. Le habló muy bien del pueblo: un Municipio admirablemente administrado, aunque, como todos, dividido en dos partidos, recién formados.

—Pero usted—le dijo,—no se cuide de eso; vaya siempre con franqueza entre la gente, trate á quien le parezca; pues aunque se empeñe en vivir solitario ó en ser amigo de unos y de otros, ó le arrastrarán á uno de esos dos partidos, ó si logra permanecer extraño á uno y á otro, quedará malquisto con ambos. Un maestro de pueblo que no se decide en pro de ningún bando, créame usted, se atrae la enemistad de todos los que algo valen en el Municipio. Procure usted acomodarse á ciertas exigencias del señor cura, para ahorrarse disgustos. Haga usted lo mismo con el alcalde, que tiene ciertas ideas fijas—y al decir esto sonrió—en asuntos gramaticales, pero que en el fondo es un excelente sujeto. Hallará usted local magnífico el de las escuelas.

Dióle después algunos consejos prácticos relativos á las tiendas en que debía surtirse, si pensaba vivir por su cuenta. Había un concejal, carnicero; otro, droguero; el superintendente, casado con una hermana del alcalde, era el primer tocinerero del pueblo; sería prudente que enviase á comprar en las casas de éstos, mejor que en las de otros. Para resumir, concluyó:

—Con un poquito de tacto y no concediendo gran valor á los cuentos que oirá por todas partes, estará usted muy bien entre nosotros y podrá granjearse buena fama.

El maestro se fijó muy principalmente en el consejo que se refería á los partidos; el cual consejo era más oportuno de lo que Emilio se figuraba, porque ya, en el mero hecho de llegar allí con una carta para el señor Pirotta, y esto se sabía en Piazzena con un mes de anticipación, todos le habían incluido en el partido de aquél. El partido dominante á la sazón, era el que nombraban allí «partido del cura», entre el cual y el señor Pirotta, capellán de una cofradía y fundador de un Asilo infantil, que le había valido la

cruz de caballero, existía grande animosidad, originada en una lucha que en el año anterior había ocurrido. El señor cura, celoso de los triunfos oratorios del señor Pirotta, que le dejaba desierta la iglesia parroquial, había prohibido que se abriese de noche el templo de los cofrades durante las funciones del mes de María; pero los cofrades habían recurrido al Obispo, y éste otorgó á la cofradía libertad completa para celebrar. De aquí la ira del párroco, el cual, por otra parte, había tomado muy pronto su desquite reconquistando el favor del Obispo, para lo cual le bastó, según se decía en el pueblo, poner en las manos de su ilustrísima una suma respetable, obtenida de una casa que constituía la dote de un legado fiduciario que le había dejado un su pariente, canónigo del pueblo, con la condición de que se celebrase perpetuamente una misa festiva en cierta aldea inmediata. Fortalecido con la protección episcopal y con la amistad del alcalde, hombre religioso y docilote, habíase levantado poderoso en el Municipio: habíase opuesto al establecimiento de un teatrillo de «filodramáticos»; había impuesto al Asilo las religiosas que él quería; había obtenido del Municipio una cantidad anual para el alumbrado de la iglesia; y, lo que le importaba más que todo, había hecho nombrar superintendente de escuelas, para substituir al señor Pirotta, al tocinerero adicto al alcalde y á la iglesia y por medio del cual podía el cura entender en los asuntos de la instrucción.

Emilio, por lo tanto, pertenecía ya, sin percatarse de ello, al partido de la oposición, cuando á primeros de Octubre comenzó sus lecciones. Quedó muy contento del edificio, convencido como lo estaba de que un local hermoso de escuela es el medio más eficaz de propaganda de la instrucción para la gente del campo. Era una casa construída adrede en una plazoleta, y muy próxima á una capilla antigua; un enorme dado blanco que tenía á un lado la clase de niños y la de niñas al otro, con sendas puertas de entrada en las caras opuestas y un patio de reducidas dimensiones delante de cada una. Hallóse después, más aún que contento, maravillado por la inmaculada blancura de las paredes y por la conservación de los bancos.

En la escuela había pocas cosas: cuatro mapas que debían de haber sido arrancados de un atlas, una pizarra demasiado pequeña, y un solo cartel con la nomenclatura de las plantas; pero todo muy limpio, como si acabase de salir de la tienda. El retrato del Rey, en oleografía, hallábase entre dos cuadros grandes de asuntos religiosos, comprados tal vez en alguna prendería, pero restaurados recientemente. Tampoco dejó de maravillarse al maestro el irreprochable aseo de sus treinta y cinco discípulos y la curiosidad marcial del dependiente del Municipio, ya anciano, que vestía una chaqueta de veludillo negro y una gorra galoneada de plata, y tenía siempre la barba limpia y cuidada. Agradábanle asimismo sus compañeros, con los cuales se encontraba diariamente al entrar en la escuela y al salir de ella, en una salita de espera fresca y blanca, como las demás del edificio.

La maestra de 2.^a, que llevaba doce años en el pueblo, era una señorita de treinta y cinco á cuarenta años, alta y pálida; una cara de niña enfermiza, con los cabellos peinados sobre la frente, con ojos dulcísimos y una boca triste y cariñosa; vestida menos que modestamente y siempre lo mismo, como si llevase hábito religioso. Emilio Ratti oyó con verdadero placer que la madre de esta profesora, que vivía con ella, había estado mucho tiempo en la ciudad de *** y había conocido á la madre del maestro. La otra profesora era una joven como de treinta años, bien vestida y mejor formada, de modales corteses y dignos; de ésta lo que más impresionó á Emilio, desde el primer momento, fueron los ojos muy vivos, muy movibles, muy maliciosos, que lanzaban verdaderos fuegos artificiales bajo sus dos grandes cejas unidas, y un gesto particularísimo de la boca, grande y sensual, de la cual parecía como si hubiese de escaparse siempre una burla, que ella reprimía después, sonriendo discretamente. El maestro era un buen anciano septuagenario, de aspecto digno y resignado, muy lento para hablar y para moverse, cargado con un vientre enorme, no producido seguramente por el exceso de alimentación; este profesor contaba poco menos de medio siglo de servicios, prestados casi todos, en dos

veces distintas, en Piazzena; de modo que había en el consejo municipal algunos de sus antiguos discípulos, y varios de ellos se vengaban entonces, con ruines ensañamientos, al cabo de treinta años, de los disgustos que les había dado en la escuela. Faltaban al pobre maestro dos dedos de la mano izquierda, perdidos en un pueblecillo de Val de Sesia, donde había sido maestro dos años. Un discípulo suyo, cuya familia tenía de huéspedes á dos mineros, había llevado á la escuela dos cápsulas de dinamita, y hallándose solo en el banco de los castigados, estaba revolviéndolas en el bolsillo por juego. Como el muchacho no obedeciese la orden del maestro que le mandaba tirar aquel objeto, habíale sujetado para cogérselo, y en este tirar de aquí y de allá, la cápsula reventó, destrozando las manos de ambos. ¡Contratiempos imprevistos de la profesión!

EL ALCALDE Y EL CURA

Principió el joven sus lecciones con el firme propósito de poner en ejecución el método que como mejor consideraba, á saber: el de mantener la disciplina sin aspereza, pero con severidad, ocultando bajo una compostura fría su naturaleza demasiado indulgente, y dar también á la educación moral un carácter de autoridad y de reserva que mantuviese á los alumnos, con respecto á él, á una distancia respetuosa. Estaba Ratti tan profundamente convencido, no ya sólo de las ventajas, sino de la necesidad de este cambio, que creía facilísimo obtener buen resultado; y principió muy pronto, tan pronto como hubo conocido á los chicos, á proponerse estar en guardia, especialmente para los siete ú ocho que por su aparente nobleza de alma, le inspiraban más simpatías. En la mañana del primer sábado, habiendo ido el alcalde á visitar la clase, después de haber escuchado á la puerta algunos minutos, quedó evidentemente satisfecho del silencio y del orden de los escolares.

Lo primero que hizo fué dirigir en rededor suyo una mirada por toda la estancia, alegre entonces por un hermoso rayo de sol, y preguntó al maestro con ese aire complacido del que espera una contestación satisfactoria:

—¿Qué le parece á usted el local?

Bastaba contemplar su figura para comprender que su pasión dominante era el amor al orden y al aseo. Durante su larga carrera administrativa, en que había desempeñado el cargo de receptor del Registro, aquella pasión, aumentada con los años, había sido el tor-

mento de todos sus empleados, y era á la sazón el martirio del secretario municipal y de todos los dependientes del Ayuntamiento, á los cuales, entre otras cosas, ordenaba que cortasen en forma de rombos de idénticas dimensiones ciertos pedazos de papel de uso municipal, destinados á un buzón distinto del de las cartas. Mucho daban que reir en el pueblo el infinito cuidado con que el alcalde, cuando había de poner su firma, limpiaba primeramente la pluma y la secaba después para encerrarla de nuevo en una cajita, que frotaba con su pañuelo siempre que la sacaba, y la exactitud matemática con que, aún teniendo más riqueza que edad, arreglaba los gastos para la familia, calculando tantos más cuantos gramos de carne para cada uno y anotándolo todo, con mil primores caligráficos en pulcros registros que él conservaba hacía ya veinte años como manuscritos preciosos. El mismo, aunque sesentón y un poco estevado, conservaba un aseo admirable en el vestir; llevaba siempre los zapatos como espejos y se afeitaba diariamente. Hablaba como obraba, acompasadamente, con cierta propiedad y pedantería oficinescas y con el tono de quien dicta, haciendo resaltar especialmente algunos vocablos de su predilección, fuera del uso corriente, como monedas raras cuyo valor quisiera dar á conocer por el sonido. En sus gestos había ese no sé qué de recogido y de suave que se pega al que trata con curas.

Después de oír un poco de lección, felicitó al maestro y le recomendó de un modo especial la enseñanza de la lengua, que había estado muy descuidada en años anteriores.

—De nuestra hermosa lengua—dijo.

Después se acercó á los bancos; los miró atentamente, y montó en cólera viendo algunas rayas hechas con los cortaplumas. Entonces, volviéndose hacia el maestro, le dijo:

—Precisamente es ésta una cosa que debo decirle en seguida. Exija usted ri-go-ro-sí-simamente el respeto al mobiliario. Es un punto en el que no transijo. Donde este respeto falta, nada bueno hay. Procuremos no

empezar mal. La escuela debe ser como una iglesia; y es de hecho una iglesia.

Y repitió una de sus frases favoritas:

—La iglesia civil.

Sospechando que hubiese algún otro desperfecto, miró también los últimos bancos, dirigió algunas ojeadas á las paredes y tornando á colocarse delante de los alumnos, señaló con el dedo un borrón que un niño había echado en un papel, y le preguntó:

—¿Así tenemos los papeles?

El muchacho respondió tímidamente:

—Es una hoja de que ya no hago uso.

—«¿De qué?»—repitió el señor alcalde.—Di: «Una hoja «de la cual» ya no hago uso.»

Y dirigiéndose otra vez al maestro en el momento de marcharse, dijo:

—La lengua y el aseo son las dos cosas que recomiendo á usted de un modo «preferente».

Y después de haber repetido lo de «la iglesia civil», le dijo como por incidencia lo que, en puridad, había motivado su visita, porque no quería que la Comisión —tratándose de un maestro nuevo y de opiniones conocidas—se desempeñase por otros que no usarían tal vez formas convenientes. Dijole que hiciese el favor de conducir, en la mañana del día siguiente, á los alumnos de su clase á misa y al sermón. Era una costumbre... un miramiento debido... Además, era bien que el maestro vigilase á sus alumnos también en la iglesia. Podría reunirlos en el patio un cuarto de hora antes de la función religiosa.

Un poco molestó al maestro el encargo, por el temor de que el sermón fuese cosa larga; pero las palabras del señor Pirotta casi le habían preparado. Al día siguiente llevó á sus alumnos á misa; los demás maestros estaban también. La iglesia, espaciosa y oscura, estaba casi llena, y pudo Emilio, gracias á las indicaciones del dependiente que se hallaba cerca, conocer en pocos minutos á los principales personajes del pueblo. Pero cuando el cura comenzó su sermón, experimentó Emilio algo más desagradable que el fastidio esperado. El sermón, pronunciado con tono áspero, deshilvanado y lleno de frases ramplonas, consistía casi

todo en alusiones personales, que él, nuevo en el pueblo, no sabía á quién iban dirigidas, pero que lo turbaron haciéndole entrever la idea de un peligro lejano, y se preguntó con inquietud cómo procedería cuando lo asactearan desde el púlpito. Dijéronle después, para explicarle aquel sermón puntiagudo, que durante la noche precedente, el cura, como hubiese llegado el suplemento á «El Pueblo», con un articulillo contra él, había comprado todos los ejemplares que tenía el vendedor del café, y los había quemado en la plaza de la iglesia, entre los aplausos de un círculo de devotos. Su rostro flaco y duro, en torno del cual flotaban largos cabellos grises, y toda su persona, seca y desahrida, denunciaba su índole camorrista y soberbia, y la denunciaban mejor todavía los movimientos violentísimos de sus brazos enormes, que cortaban el aire al mismo tiempo como dos palancas fijadas en una viga giratoria. Señaló á los lectores de libros malos, á los francmasones, con las frases usuales en el lenguaje frailuno. El maestro, que aún era novicio en la oratoria sagrada de los curas rurales, y sólo poseía esa vaga é indefinida fe religiosa, sobre la cual la indignidad de los ministros es contraproducente, quedó escandalizado. También le disgustó mucho el teniente cura, una figura membruda, de aldeano joven é intrigantuelo, que estaba de pie bajo el púlpito, con el ceño fruncido y los brazos en cruz, y fijaba su vista en las personas á quienes el predicador aludía, como si quisiese mostrárselas al auditorio. Lo mismo sucedió en las semanas sucesivas. El reverendo tenía una audacia sin igual. Un día había gritado desde el púlpito:

—Si viniese aquí el rey de Italia en persona con todo su ejército, yo repetiría delante de él que estamos mal administrados.

La había tomado, sobre todo, con los lectores de ciertos periódicos de Turín; conocía á todos los suscriptores que había en el pueblo; algunos de ellos, cuando le veían desde lejos, ocultaban el diario. El cura levantaba todos los años una tempestad antes de la fiesta del patrón para que no se diese un baile público, amenazando con no echar la bendición á las

muchachas y con no permitir que saliese la procesión de la iglesia. En los funerales era terrible; llegó á veces hasta destrozar un cirio en medio de la calle, si se le daban de poco peso, y abandonarlo todo. A más de todo eso tenía pleitos pendientes con medio mundo: uno con el propietario de un terreno colindante con el suyo, por cuestión de servidumbre de aguas; otro por la administración, no muy clara, del legado de una Condesa, y había peleado por espacio de doce meses seguidos con el alcalde anterior con motivo de un urinario que el cura no quería que estuviese cerca de la iglesia, y que hizo derribar tres veces. Esta violencia suya, que intimidaba á muchos, servía para ocultar en parte algunos deslices de su vida pasada, que no eran ciertamente «peccata minuta», porque en el término mismo de Piazzena señalaban algunas gentes con el dedo á campesinotes de familias distintas, que se parecían mucho al cura y en los primeros años de ejercicio, cuando aún vivía con su madre, se había visto precisado á despedir de casa á una que se titulaba sobrina suya, monja exclaustrada de la cual se decía mucho y no muy bueno. Cuando el cura pasaba por la calle con el sombrero sobre la nuca, acompañado por el teniente cura, que lo llevaba sobre una oreja, ambos con el rostro alto y la mirada provocadora, tenían todas las apariencias de dos guardas disfrazados, y los transeúntes solían decir: «No se sabe cuál de los dos lleva preso al otro.»

EL SECRETO DE LA MAESTRA FANARI

Durante algún tiempo, á pesar de todo, Emilio no fué molestado. La preocupación constante del cura era, por el momento, la maestra de 1.ª, que se llamaba Fanari, y su enemistad databa desde la llegada de aquella señorita al pueblo, porque en lugar de confesarse con el cura, había ido á confesarse con el señor Pirotta. El cura no acabó de tragar aquel desaire, y un día no pudo contenerse y le dijo «que confesando con otros y no con él, primera autoridad eclesiástica del pueblo y casi su confesor de derecho, daba ella una muestra pública de desconfianza, que ofendía su dignidad parroquial.» Pero la maestra se había mantenido firme, y el reverendo habíase quedado, en este punto, con un palmo de narices. Esto lo supo el joven por un concejal, ex alcalde, jefe de la oposición, abogado sin bufete, y delegado escolástico á ratos perdidos; este señor comenzó una noche, estando en el café, á conversar con Emilio mano á mano, con una familiaridad de compañeros. Era un hombre campechano, viudo, de unos cincuenta años, vestido con cierto atildamiento de joven, y de fisonomía abierta y simpática.

—Vamos á ver, querido maestro—le dijo al principio de la conversación;—¿ha recibido usted ya de nuestro buen alcalde la famosa lección acerca de «qué y el cual?»

Al observar que Emilio sonreía, su interlocutor soltó la carcajada. Sin preámbulos, principió á murmurar de

la administración, si bien bromeando siempre y sin mostrar encono ni envidia. Le recomendó, entre otras cosas, que no permitiese que las manos del panzudo superintendente agarraran nunca los cuadernos de sus discípulos. Era un hombre buenísimo, un superintendente modelo, de cierta cultura, que podía leer de corrido cualquier impreso; pero que tenía la costumbre de irse de pronto desde la tocinería á la escuela sin lavarse las manos, de modo que al examinar los cuadernos dejaba en las hojas señales de los dedos gra-sientos, que desesperaban al alcalde. Después, guiñando el ojo, le preguntó qué tal le parecía la maestra Fanari.

—¡Ah! ¡Dichosos los maestros! ¡Dichosos ellos, que la tienen al alcance de su mano!

Aquella salida de tono era un tanto escandalosa para un delegado escolástico. Emilio lo miró asombrado. Aún no conocía un tipo, no muy raro en los pueblos, que es el del caballero, generalmente anciano, que tiene monomanía amorosa por las maestras, como hay en las ciudades quienes la tengan por las bailarinas, por las costureras, por las empleadas ó por otra familia particular del bello sexo, que ejerce sobre ellos una especie de atracción profesional. El concejal abogado tenía, desde su juventud, la debilidad de los amores escolares; prefería, á cualquiera otra, las bellezas con título del Ministerio de Instrucción pública. Había sembrado siempre, ó procurado sembrar, en aquel surco, y antes de ser alcalde y mientras lo fué, había sido muy afortunado, dando motivo á escándalos que no habían apagado sus ardores. Aún desde que era delegado de escuelas nunca se le oía hablar sino de las escuelas de niñas, como si las de niños no existiesen, y ni de aquéllas se servía sino como de un pretexto para hablar de las maestras. Para él la maestra tenía en sí algo de exquisito y de recóndito, no sé qué perfume de voluptuosidad literaria y de castidad monjil que le atraía como el fruto prohibido. Solía decir: «Una maestra examinada este año,» haciéndosele agua la boca, como al glotón que dijese: «Una trucha pescada esta mañana.» Conocía á todas las maestras del distrito; era muy capaz, so pretexto

de cumplir imaginarias obligaciones oficiales, de hacer un viaje de seis millas en un mal carricoche, para ir á ver en un pueblecillo cualquiera á una maestra recién llegada, de la cual hubiese oído elogios; estéticos, por de contado. Como le pareciese que el maestro no quería entrar en aquel tema de conversación, obligóle á entrar á viva fuerza.

—Dígame usted: ¿qué maestritas había en Garasco?

Una vez conocidos los rasgos característicos de la maestra declamadora, que el anciano fué sacando uno por uno del cuerpo al joven, quedó un momento pensativo, con los ojos entornados como para mejor disfrutar con la imaginación de aquellos dos gustos confusos y diferentes de maestra y de campesina que para él parecían una cosa extraña. Lo mismo hizo con respecto á la prima de Emilio, de quien éste dió ligera idea; pero con aire de glotonería más refinada, diciendo:

—¡Maestra dos años en la Italia meridional!

Con el tono mismo que emplea un bebedor para hablar del vino marcado.

Tornó después á la maestra Fanari, cuyas gracias comenzó á especificar.

—¿Es muy simpática, verdad? Una verdadera señora. Habrá usted visto qué manos tiene. Escribe que es un prodigio. Ojos que miran simultáneamente á cien partes: «al cielo, á la tierra y á todo lugar». Bien sería que tuviese dos dedos más de estatura y que fuese menos gruesa; pero no quiero decir... ¿Y aquel gestecillo del labio inferior? ¡Vaya si es apetitoso! Hay en ella, además, la atracción del misterio. ¡Cómo! ¿Usted no sabe todavía que la maestra Fanari tiene un secreto?

El secreto era verdaderamente extraño. La Fanari había llegado en el año anterior, desde un pueblo del mismo distrito, en substitución de otra maestra que había sido despedida por haber cerrado la escuela un hermoso día de Carnaval y haberse escapado á Turin, no para asistir á su madre enferma, como ella había dicho, sino para ir al baile del teatro de Scribe con su amante, lo cual averiguó el provisor después de

una información amplia. Ahora se daba el caso de que la maestra Fanari tenía también á su madre en Turín, enferma del corazón; por lo cual, no bien se hubo sabido que la joven hacía un viaje á la ciudad cada diez días, utilizando el tranvía inaugurado poco antes, y también con el mismo propósito que la antecesora, nació en muchos, con motivo de la analogía, la vaga sospecha de que la enfermedad de la madre fuese también un pretexto. Verdad es que, habiéndose pedido informes por el alcalde, resultaba de ellos que era cierto lo de la enfermedad de la madre; pero la sospecha, sostenida por otras circunstancias, no se desvaneció por eso. Una buena moza como ella, con aquellos ojos, debía de tener un amante. Además, los viajes eran demasiado frecuentes. Por añadidura, cuando la maestra volvía de Turín, no tenía ese rostro serio del que acaba de realizar una de las obras de misericordia. También en el pueblo, donde su conducta era irreprochable, tenía aire de satisfacción excesiva para una muchacha de aquella edad y de aquel temperamento. Cosas todas muy suficientes para dar en qué pensar á los aldeanos. En esto debía de haber amorio. Estimulados por aquella curiosidad, habían formado muchos una especie de ejército de espías, que procuraba, por todos los medios posibles, descubrir al amante y tener las pruebas del hallazgo. A varios amigos de Turín se les encargó del servicio de policía. Algunos del pueblo fueron por dos veces, adrede, á la capital para seguir los pasos á la maestra. Pero nada descubrieron, y esto excitaba cada vez más la curiosidad. La maestra era demasiado lista para dejarse coger; quisieron sonsacar á la criada, pero inútilmente. Vigilaron su correspondencia, pero la maestra no recibía sino tarjetas postales y un periódico profesional. Sospecharon que el secreto pudiera hallarse en el periódico, donde podían estar las letras señaladas con un alfiler, y formando de este modo las cartas. El mismo boticario, que era también oficial de la Administración de Correos, impulsado por la curiosidad propia y la de los otros, examinaba el periódico al trasluz. Pero no había agujeros. No pudiendo hacer otra cosa, estudiaban el rostro de la Fanari, cuando

regresaba, poniendo en prensa todos los recursos de su talento de observación, se fijaban en el color, en las ojeras, en el paso... El teniente cura, entre otros, la miraba de arriba abajo, con ojos de Torquemada, cada vez más curioso. A decir verdad, había algunos indicios. ¿Pero cómo fundar nada en cosas tan pequeñas? El delegado concejal no decía que, en un principio, habían sospechado de él; pero aquella sospecha se había desvanecido cuando vieron que él nunca iba á Turín en los mismos días que la maestra, y además porque otra sospecha se oponía á la primera, es á saber, la de que habían ya existido entre ellos relaciones, cuando él era alcalde y ella maestra en el otro pueblecillo, al cual el alcalde iba con mucha frecuencia; relaciones rotas poco tiempo antes. No: el «amigo» era otro, á quien no era posible hallar. Al volver de uno de sus viajes, habían visto que traía al cuello una rosa, y este hecho había sido comentado durante una semana. Era cosa de morderse los dedos. Ella misma, que lo adivinaba todo, parecía tener empeño en irritar aquella curiosidad y en mantener vivas aquellas sospechas con su aspecto estudiadamente reservado, con aquella mueca burlona del labio inferior, y cuanto más perseguida y más espiada se veía, tanto más tranquila y respetuosa con todos se mostraba, mirando á los que murmuraban de ella como si nada comprendiese, mientras iluminaba su rostro una sonrisa que significaba: «Comprendo, malvados.» Decíase, por último, que era escandaloso que el alcalde le otorgase licencias tan á menudo. Pero el alcalde tenía esa debilidad porque la señorita Fanari era maestra de su hija menor, que adoraba en su profesora. Además, como maestra, podía ser señalada por modelo; la madre enferma existía, y las murmuraciones no eran hechos. Era menester, por lo tanto, tascar el freno. El pueblo ya no podía más.

El abogado se deleitaba en estas conversaciones, y terminó diciendo:

—A usted corresponde, joven, suplantar á ese amigo de Turín. ¡Ah! ¡Poseer ochocientas pesetas de sueldo y veintidós años!...

A Emilio no le pasó ni aún por el pensamiento

intentar lo que el abogado le aconsejaba: era uno de esos hombres tímidos que á duras penas tienen valor para asaltar una plaza indefensa, y ante las guarnecidas retroceden. Inclinábale, por el contrario, un cariño amistoso hacia la otra maestra, María Marca, á cuya casa, invitado por la madre, iba algunas veces. Oyendo hablar á la pobre anciana que vivía á costa del sueldo de su hija y de la renta exigua de su arriendo, Emilio recordaba á su madre, y la dulce tristeza de aquella hija que había consumido en la escuela la flor de la juventud, le atraía. Quitándole con la imaginación muchos años y retocando los rasgos exteriores de su persona, parecía que, por su alma, ésta habría realizado el ideal de maestra que él buscaba. Era una naturaleza vencida, al parecer, por su profesión. Leíanse en su cara largos años de existencia trabajosa, los temores de perder la colocación, los sustos de las visitas de los inspectores, las huellas que habían dejado la brutalidad de los alcaldes, la grosería de los padres, la ingratitud de las malas discípulas, la santa resignación con que había sobrellevado todo éso. Y no obstante, nombraba con acento respetuoso, que se había hecho en ella habitual, á las autoridades del pueblo, y hablaba de las alumnas de más viso de su escuela, las sobrinas del asesor, la niña del superintendente, como hubiese podido hablar de las hijas de un Príncipe. No se observaba en ella ni sombra de coquetería, y mucho menos de esa vanidad sexual, instintiva y sin intención, que subsiste aún en la edad en que la mujer se ha resignado á no parecer hermosa. Sólo alguna vez, cuando levantaba la vista de un recamado que estaba haciendo para el altar mayor de la parroquia, y fijaba sus miradas en la pared, aparecía en sus ojos una languidez momentánea, como el brillar de una lágrima ya desprendida, que acaso expresaba la visión de otra vida con que ella había soñado de joven, el recuerdo triste de un amor malogrado, una nostalgia de aquella infancia, ya ida, sin que hubiese podido decir á un hombre: «Eres mío.» No se quejaba de su condición, ni de nada; cumplía sin alardes sus deberes religiosos; apenas se dejaba ver en el pueblo más que para

ir á la compra. La primera vez que dijo esto, deteniéndose en la frase «ir á la compra», dirigió al maestro una mirada investigadora para ver si creía él rebajada la dignidad profesional colectiva porque ella hiciese aquel menester. Pero aquella mirada fué, por el contrario, lo que hizo que el joven colocase á la maestra más alta en su estimación y más honda en su simpatía.

ENTRE LA ESCUELA Y EL CLERO

Emilio proseguía, entre tanto, consagrándose con alma y vida á su escuela, perseverando en el sistema de «circumspecta severidad» con que había comenzado. Pero este sistema ofrece á las naturalezas expansivas, además de la dificultad primera de ponerlo en ejecución, otro inconveniente, acaso más grave: el de que llega á ser más difícil de continuar cuando empiezan á recogerse sus primeros frutos, ó sea cuando la obediencia y el respeto de los muchachos, obtenido por ese medio, los hace más amables. Tenía Ratti siete ú ocho discípulos, con los cuales le costaba mucho trabajo no dar rienda suelta á su carácter afectuoso: de tal modo se transparentaba en los ojos de esos alumnos el deseo y casi la expectación; porque realmente parecía que hubiesen adivinado el carácter del maestro y esperasen á que se dejara ver un día ú otro, destrozando aquella armadura postiza que él había sobrepuesto. Emilio necesitaba realizar á cada instante un acto resuelto de voluntad para no reir de aquellas numerosas manifestaciones cómicas, graciosísimas, que inspiran cariño hacia la infancia, casi lo mismo que los indicios de bondad; para no dejarse conmovir por aquellos amagos de llanto, á los cuales sigue, al cabo de un minuto, una travesura, pero que, por de pronto, parecían tan sinceras y tan dolorosas, para detener á la mitad del camino la mano que se dirigía á acariciar, la voz que salía en son de ruego, la palabra que exageraba el elogio para redoblar la alegría. Resultábale la clase fatigosa, aunque en sentido inverso,

de cuando sus discípulos eran indisciplinados. En ocasiones se hacía traición á sí mismo, y entonces se irritaba. Era como una cuba de vino nuevo que rechina en las juntas. Solía dirigirse á sí propio algunas observaciones: para lograr la obediencia de todos, ¿no perder el cariño de los mejores? Habríase alegrado de poder contestar que «sí» para tener, al menos, un motivo de retroceder; pero su conciencia le respondía: «no»; estaba muy seguro de que aún para los mejores era preferible que el cariño permaneciese contenido por el respeto, á que fuese anegado por la licencia; estaba segurísimo, además, de que también era eso preferible para todos los otros de los cuales nada obtendría nunca por el camino del corazón. Pero entre tanto no experimentaba en la clase las mismas satisfacciones que en los primeros meses. Para él, que tenía pocos años más que sus alumnos, y que en cualquier ocasión habría jugado con ellos como un camarada suyo, aquel sistema de instruir y de educar era como un envejecimiento voluntario. Parecía que se había enmohecido su alma, que estaba ya gastado en una enseñanza de veinte años. Asaltábale además otras dudas. ¿Por qué no podía mantener su autoridad mostrando su carácter tal y como era? ¿No procedía esto de imperfecciones, de un desequilibrio que estaba en su carácter mismo? ¿De una deficiencia en la medida, en la constancia, en la elevación de su bondad misma, con la cual deseaba haberlo conseguido todo? Creía haber pecado por exceso de bondad; ¿y si no había tenido la bastante? Había desechado aquel medio como inservible; pero ¿no habría sido mejor que hubiese procurado perfeccionarlo? ¿No procedería tal vez de no comprender su oportunidad, ó de no tener fe en el buen éxito del ensayo, el hecho de que tantos maestros, naturalmente buenos y cariñosos, escogiesen, después de una experiencia de pocos años, un método para dar la clase, contrario de todo en todo á su naturaleza?

Preocupado frecuentemente con estas cavilaciones pasó Emilio los primeros meses, y principiaba á maravillarse, conociendo ya las costumbres del pueblo, de que le hubieran dejado tanto tiempo en paz, cuando

una visita del alcalde le llevó el primer anuncio de guerra. Entró, después de haber sacudido cuidadosamente el paraguas, completamente blanco de nieve, y detrás de él apareció el superintendente, con la cara lustrosa como si se la hubiese limpiado con el mandil de la tocinería. Todo en la persona de este sujeto, alto, gordo, rebosando salud, revelaba, á través de cierta benignidad, la importancia extraordinaria que él atribuía á su cargo; tan grande, en efecto, y tan hondamente sentida en el seno de su familia, que una hija suya (el hecho era conocido en todo el pueblo), el primer día que había ido á la escuela, al mandar la maestra: «En pie», había preguntado con ingenuidad si también ella, hija del superintendente, debía levantarse.

Mientras el alcalde miraba por las paredes y por el piso si había manchas ó raspaduras, el superintendente, por imitación, echaba una ojeada á los bancos, buscando manchas de tinta ó cortes.

El alcalde preguntó al maestro qué tal iba la escuela. Presentábase muy cortés; alguna comisión debía de llevarle allí, y bastante delicada.

Emilio lo sospechó cuando, después de algunas preguntas vagas, á cuya contestación atendía apenas, le rogó el alcalde que hiciese leer á cualquiera la composición última, para oír la pronunciación. El tema de la composición era: «Victor Manuel que acudió á Roma inundada por el Tiber en el otoño de 1870».

Después de oír la lectura de este trabajo, dijo con lentitud y en tono de benevolencia:

—Está bien. Pero... no sería malo que de cuando en cuando pusiese usted también algún asunto... La enseñanza literaria puede venir perfectamente en auxilio de la enseñanza moral... Diciendo moral, quiero decir principalmente religiosa. La historia religiosa ofrece asuntos admirables. Hay en ella hechos grandes... de santos que también fueron grandes hombres... en ciencia y en otras muchas cosas. De esta manera se obtenían dos ventajas... simultáneas. Además... no es malo variar.

El maestro comprendió desde el principio de dónde procedía el consejo.

Respondió, pues, con muy buen modo:

—Perdone usted, señor alcalde... Consideraba yo conveniente distinguir las dos enseñanzas...; con tanto más motivo, cuanto más cierto es que todos los alumnos reciben ya la instrucción religiosa en la iglesia y no quiero invadir ese campo..

—No es invadir el campo, señor maestro—replicó el alcalde;—es ensancharlo. Eso he querido decir.

—Perdone usted—contestó el maestro hábilmente,—para que sepa yo á qué atenerme: ¿el señor alcalde encuentra que hay algo inoportuno en el tema que he dado?

—No digo eso—respondió el alcalde, sintiendo la estocada, y enardeciéndose al recibirla;—aunque, en realidad, no es necesario acudir á sucesos recientes... Acerca de éstos, existen á veces en las familias diferentes maneras de ver... Son cosas políticas, en fin... Mejor sería dejarlas para los periódicos. No lo digo precisamente por el tema de que hablamos ahora, sino porque un asunto trae otro. Por último—dijo, como exasperado con su propio embarazo,—usted que es joven y es inteligente, aténgase al consejo de los ancianos, y le valdrá más.

El maestro, picado á su vez, nada contestó. Pero como, al parecer, el alcalde esperaba una contestación, le dijo más seco:

—El señor alcalde juzgará todos los temas que yo dé en lo sucesivo.

El alcalde comprendió muy bien que bajo aquella respuesta se escondía un propósito de independencia; pero se hizo el desentendido. Tomó la composición de manos del alumno, hizo observaciones sobre la sintaxis, con el aire de quien maneja las herramientas de su oficio.

—Dice aquí—observó:—«En el momento en que el pueblo acudía». Yo diría: «En el momento «en el cual» acudía.»

—Dispense usted—dijo Emilio;—el «que» es gramatical en esa acepción.

—Pero es más gramatical de la otra manera—replicó el alcalde.—También en la lengua lo primero es la

lógica. Ese «que» puede producir ambigüedad. Y prosiguió: «Hacia últimos del mes.» ¿Últimos qué?

—Días—contestó el niño.

—¿Por qué no lo has escrito?

—Es una elipsis autorizada por el uso.

—Yo me atengo al uso de la razón. No puede haber atributo sin sujeto. La precisión ante todo.

Borró después dos ó tres «ques» y se anticipó á las observaciones del maestro:

—Ya lo sé; no es un verdadero error. Pero se hace del vocablo un verdadero abuso, y no es palabra que suena bien. Yo la he borrado siempre de las minutas de los empleados. Combátala usted también, y le valdrá más.

Esta frase exasperaba al maestro.

—De lo demás—concluyó el alcalde, inclinándose para mirar la estufa,—todo está bien.

Después, volviéndose al maestro:

—Buen orden, mucho aseo; prosiga usted así. Encargue usted á los alumnos que se limpien bien los zapatos antes de entrar.

Para decir también él algo, el superintendente inclinó la cabeza sobre el cuaderno de un muchacho, y le dijo gravemente, señalándole con el dedo una palabra:

—Pon el puntito á esa *i*.

Y ambos salieron, después de haber echado una investigadora mirada á las paredes.

El cura, pues, había movido el primer peón. Pero Emilio supo después algo peor: que el mismo sacerdote preguntaba á los alumnos lo que el maestro decía en la escuela acerca de la religión, y qué libros leía, y qué otros les aconsejaba que leyesen; y que el teniente cura, más iracundo que su jefe, explicando el catecismo á sus alumnos, había dado un correazo á uno que no supo contestarle y le había dicho: «Toma, y corre á decir al que te enseña la religión de los «flamasones» que también habrá para él, si quiere.» Comprendió también que debía de haber un espía en la clase, pues supo que el cura estaba enterado del gesto desdeñoso que él había hecho en la escuela cuando salieron el alcalde y el superintendente. Fué,

por lo tanto, á pedir consejo sobre todo esto al señor Pirota. Pero éste, siempre delicado de salud, era un buen señor, que se agradaba de hacer una guerra oculta, cortés en la apariencia, con la diplomática intención de lograr que resaltase la tosca violencia de su adversario iliterato al lado de su dignidad caballeresca de prelado culto; y se limitó á aconsejarle que no diera importancia á tal guerra, que se apagaría con un vaso de agua. Entonces solicitó consejo del concejal. Pero éste se encogió de hombros con lástima. Y le citó, modificándolo un poco, un verso del Dante:

«No te cuides de los clérigos;
míralos y pasa...»

Y agregó:

—De todas suertes, cuando principien las hostilidades en serio, aquí estaremos. Pero esté usted seguro de que, por ahora, el blanco es otro.

Explicando estas últimas palabras, dijo que todas las iras del cura estaban condensándose sobre la cabeza de la Fanari, de la «judía», como la llamaba hacia año y medio, porque no había ido á misa el primer domingo. Habíanse reanimado las iras antiguas por varias causas: primeramente, porque mientras la maestra Marca había regalado un adorno para el altar mayor, la otra, no solamente no había regalado nada, sino que no había aceptado la proposición de las discípulas mayorcitas de hacer entre todas una labor para la parroquia; y después, porque estaba haciendo, según era público y notorio, el bordado de una bandera tricolor que, por iniciativa de algunos concejales de la oposición, debía ser regalada al Municipio en el día 14 de Marzo, con la condición de que fuese enarbolada, desde aquel día en adelante, sobre el edificio de las escuelas, donde ni en ese día, ni en el del Estatuto, ni en el 20 de Septiembre, se había visto nunca rastro de bandera. El cura estaba dado á los demonios, por esto sobre todo. Iba de casa en casa para malquistar con los padres á la maestra «politiguera». Hasta había dejado de saludarla. Todos esperaban, de un día á

La novela de un maestro—Tomo I—9

otro, una diatriba escandalosa desde el púlpito. Pero la maestra conservaba siempre su hermoso semblante tranquilo y aquella mueca del labio inferior. «Una mueca, decía el delegado, que pide besos, no puede negarse. ¡Ah! ¡Si pudiera descubrirse el secreto! De fijo que el teniente cura, por averiguarlo, iría desde Piazzena á Turín, á cuatro pies, como un gorrino. Y á propósito: el maestro debía mirar bien en rededor suyo por las noches, si frecuentaba alguna callejuela, porque el tal curita era un sabueso infatigable, muy abonado para estar de centinela tres horas en una esquina, y si hacía presa, era el acabóse. Debía asimismo guardarse del sacristán, un viejo corcovado, que se vestía con las ropas de desecho de todos los clérigos del Municipio. Medio siglo hacía ya que aquella ruina ambulante espiaba á los maestros y había echado á pique muchos amores. ¡Ah, querido maestro! dijo para acabar, estamos muy mal servidos en lo que respecta á ministros de Dios. No hay aquí más que uno: el señor Biracchio.

EL SEÑOR BIRACCHIO

Un día el concejal acompañó á Emilio á visitar al señor Biracchio, que era el más curioso ejemplar tonsurado del distrito. Algunas veces le había visto el maestro en el pueblo, pero siempre de paso. Residía en un lugarejo de pocas y mezquinas casas, distante de Piazzena cosa de media legua; habitaba solo en una casucha compuesta de una alcobilla en el piso principal y de dos cuartitos en el bajo; tenía delante un patio ó huertecillo de muy pocos palmos cuadrados, que semejaba un cementerio de familia. Cobraba un legado de algunos centenares de pesetas al año, con la obligación de dar clase á los muchachos de la aldea, que no pasaban nunca de diez ó doce, y con aquello, á lo cual agregaba algunas misas, y con alguna cosa eventual, vivía. Era el tragón más formidable que se conocía en quince millas á la redonda; un carnívoro sin fondo, siempre entrampado por causa de la carne, muy capaz de meterse entre pecho y espalda un cuarto de ternera asado, lo cual no quitaba que fuese un bebedor de primer orden. Un año había gastado todos sus ingresos sólo para pagar al carnicero de Piazzena, el cual, habitualmente, siempre que quedaban diez ó doce kilos de carne sin vender y que podían estropearse, se los enviaba con un propio al señor Biracchio, que los compraba con alguna rebaja. Compraba también, en cualquier ocasión, carne de vaca muerta por accidente; por lo general, una pierna la colgaba fuera de la ventana de su azotea de madera,

para cortar de cuando en cuando un trozo, siempre que se debilitaba. Era conocido también, por sus comidas maravillosas, en todas las hosterías de la comarca, en una de las cuales, una vez, jugando tres días seguidos, había ganado y consumido con su compañía, tres pipas de vino. De sus borracheras más graves se curaba teniendo la nuca bajo el chorro de una fuente durante media hora, ó andando cuatro ó cinco millas con la cabeza descubierta y recibiendo la lluvia. Después, cuando estaba sereno, se pasaba semanas enteras sin ver á nadie, encerrado en su barraca. En todo lo demás, era un hombre excelente, que nunca había dado un escándalo; un pobrecillo á quien sus alumnos trataban como á un compañero, tirándolo de la sotana para obtener permiso de salida, y hablándole los diez al mismo tiempo. Y para impedir en lo posible estos abusos de la familiaridad, cuando hacía buen tiempo, mandaba á sus discípulos que estuvieran en el patio, sentados entre las piedras y las ortigas, con los libros entre las piernas, algunos con una cáscara de huevo por tintero, y les explicaba la lección desde la azotea, cerca de la pierna de vaca, colgada de la pared y con un litro de vino entre sus pies.

En el camino refirió el delegado á Emilio la última travesura que los alumnos habían jugado al señor Biracchio. Tenía éste en el patio algunas gallinas, y cada vez que oía cacarear, suspendía la lección y salía para coger el huevo. ¿Qué habían discurrido los malditos para desesperarle? Habían ido á buscar, á cuatro millas de distancia, un tunantuelo de la misma edad que ellos, un famoso artista que imitaba el canto de la gallina de un modo prodigioso; habíale, al parecer, escriturado y escondido en un hueco delante de la casa; lo demás ya se adivina. El pobre cura había estado corriendo toda una mañana, burlado veinte veces, sin comprender lo que ocurría, con el rostro cubierto de sudor, desesperado, y los discípulos habían reído hasta desquijarse.

Cuando estuvieron delante de la casita, que aún parecía más triste y más pobre bajo un cielo cubierto de nubes negras, gritó el delegado:

—¡Señor Biracchio!...

Un momento después se abrió un ventanuco del piso bajo, que tenía dos hojas de papel en lugar de cristales, y apareció un rostro ancho, de oso, muy encendido, con dos ojos pequeñísimos y una boca muy grande, abierta.

Se abrió la puerta. Los dos visitantes penetraron en una estancia desmantelada, en que se veía: una botella de vino encima de un banco; un montón de fardos en un rincón; el pavimento sembrado de trozos de limas, de plumas de gallina, de cáscaras de nuez y de bellotas partidas; acá y acullá zapatos y leños. De una cuerda tendida á lo largo de la pared ahumada pendían algunas piezas de ropa blanca puestas á secar. Emilio contempló con curiosidad á tan extraño sacerdote cincuentón, bajo de estatura, muy ancho de hombros y de pecho, que tenía un vozarrón de bajo y mostraba poseer una salud de hierro y unas fuerzas hercúleas. El cura los recibió cordialmente, desembarazando el piso á patadas, y les hizo entrar en otra estancia, cuyo mobiliario se reducía á un armario, una cómoda y una mesa grande para los alumnos; encima de la mesa había algunos libros; una navaja de afeitar, abierta; un salero; varias cazuelas y un periódico. Inmediatamente fué el señor Biracchio á buscar vino, lavó dos vasos en una cubeta, mientras Emilio, echando una ojeada á los libros que había visto en la mesa, encontraba otra peregrina mescolanza: libros de iglesia y de escuela: «Las Sibilas celestiales», la novela histórica «Los montañeses sardos» y—sabe Dios por qué camino llegado allí—el «libreto» de la ópera «Gemma di Vergy».

¡Ah! ¡Qué delicioso rato de buen humor! Mucho tiempo hacía que el pobre maestro no reía con tanta gana. Lo mejor era que el señor Biracchio no se reía nunca: decía un chiste y se quedaba tan serio para ver el efecto, frunciendo el entrecejo sobre sus dos ojillos de pulga y arrugando los labios como para silbar. Conocía á todo el mundo, desde el primer propietario hasta el vaquero más infeliz, en toda la extensión del distrito. Estaba al corriente de toda aventura de veinte años atrás hasta la fecha, y acerca de

cualquier hecho ó persona tenía de pronto una anecdota adecuada y entretenida, y después varios trozos de discursos imposibles de resumir: por qué procedimiento hacía el vino, de qué modo había reparado una filtración de agua en la pared, la historia de su navaja, la manera de aliñar la ensalada; pero las cosas más insignificantes tomaban en sus labios cierto sabor chistoso y nuevo, y revelaban todas juntas un sentido tan agradable de la vida, una filosofía tan cómoda, una tranquilidad tan sana de alma y de cuerpo, que, oyéndole, daban ganas de encerrarse allí, á comer en aquellas cazuelas y de domiciliarse con él en aquel desierto, para vivir fuera del mundo, sin cavilaciones y sin melancolias. Pero al escucharle, parecía como si tuviera una vida llena de ocupaciones: se levantaba á las cinco, barría, cortaba leña, arreglaba durante algunas horas sus cuatro muebles, se hacía su comida, después daba lección á los chicos, luego á la iglesia, en seguida un paseo por aquí, un paseo por allí: nada, que no le bastaba el día. Y así hubiese continuado hablando hasta la noche, intercalando de vez en cuando en las cosas insubstanciales una sentencia de moral sana, un juicio sensato sobre asuntos del Municipio, ó una reflexión, una palabra, que revelaban enténdimiento claro y agudeza de ingenio; pero todo esto como acompañado de una risa interior, continua, que se transmitía á los oyentes sin pasar por su cara. El delegado aludió á sus proezas gastronómicas para hacerle hablar; pero él rehuyó la conversación, por respeto al recién venido. Entonces le preguntó por sus alumnos.

—¡Oh!—respondió.—No me hable usted de esos holgazanes. Juegan á la pelota conmigo. Son demasiado necios para tener maestro.

Y ya, al salir, les refirió la última proeza de los muchachos.

—Figúrense ustedes: la semana pasada, principia uno por pedirme permiso para salir á una cosa precisa; después, otro; luego un tercero; todos necesitaban salir. Pregunto: «¿pero qué sucede?» Me responden: «Nos hemos dado un atracón de miel.» Bueno. Salen todos; el uno, dos veces; el otro, tres. Se eternizaban. Yo

no sospeché nada. Pero al terminar la clase, me los veo á todos escondidos. No había salido ninguno de ellos. ¿Comprenden ustedes? Todos se encerraban en el cuarto de al lado, habían agujereado la pipa y chupaban el vino con una caña, uno detrás de otro. ¡Mil espolazos en los toneleros! ¡Seis litros muy corridos se engulleron esos truhanes!

Y permaneció serio en medio de las carcajadas de los otros dos.

—¿Y no los castigó usted?—preguntó el delegado.

—¿Cómo había de castigarlos, por Dios, si todos estaban borrachos?

Y volvió á dejar que rieran los otros. Tenía un periódico en la mano; el delegado leyó el título.

—¿Cómo—le dijo,—no es usted suscriptor de «El Eco?»

—Lo era—respondió el sacerdote con acento de disgusto;—pero lo he dejado porque «hacia política antipatriótica».

Y después del «hasta la vista» tornó á su ermita, dejando á Emilio maravillado del acento sincero y firme con que había pronunciado las últimas palabras.

A unos treinta pasos de la casa, el delegado volvió pies atrás, y gritó otra vez:

—¡Señor Biraaacchio!...

Este se asomó á la ventana.

—Le advierto—gritó el delegado,—que uno de estos días viene el inspector.

El cura respondió con voz estentórea:

—Estoy prevenido.

Y volvió á cerrar la ventana.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO